

Esquema sobre Francisco Bauzá*

Yo no creo — ni creí nunca — en la eficacia ni en la elegancia de las defensas o disculpas del propio orador al comenzar su discurso. Este gusta o no gusta. Pero no va a dejar de desagradar y, mucho menos, va a gustar por las excusas, más o menos sinceras, y más o menos parciales, que aduzca la misma parte interesada.

Sin embargo, hoy tengo que iniciar mis palabras con dos aclaraciones que implican, en el fondo, una justificación y una disculpa; pero que se requieren y se explican por contribuir a delinear la silueta en estudio y por permitir a los oyentes ponerse, un poco, en el estado de espíritu de quien redactó estas líneas.

Esas dos ideas previas son las siguientes:

En primer término, existe contra Francisco Bauzá, una verdadera conspiración de silencio que lo ha callado y ocultado y pretendido olvidar durante decenas de años. Los blancos lo callaron porque era colorado ardiente y combativo; los colorados porque era católico, activo y militante y los católicos por ese mal endémico de la Causa de ser injusta con los antepasados o de no permitir a sus miembros dedicarse a revivir las viejas figuras de la fe, por apremiarlos con mil urgencias absorbentes y angustiosamente actuales.

Sin embargo, Bauzá, a pesar de todo, vive. Y el hecho mismo de que se haya incluido en este ciclo, es una prueba de su supervivencia y de su valía, que ha podido vencer los años de silencio y de olvido, más o menos, voluntarios, pero reales y eficaces.

En segundo lugar — y determinado por lo anterior — el estudio de la personalidad de Bauzá ha de realizarse en fuentes originales, para llegar a las cuales se requiere una investigación directa en archivos, en versiones taquigráficas de las Cámaras, en diarios y revistas de la época, en libros y folletos casi desconocidos, en recuerdos personales, etc., etc. Y toda esa labor de investigación original requiere un método, una costumbre y un tiempo de que carezco en absoluto.

Pero con los pocos elementos de que dispusimos, hemos construido una semblanza que sólo pretende acercar a nosotros esta figura ilustre,

(*) Este trabajo fué leído en el ciclo sobre grandes figuras católicas, organizado por la F. U. E. C. Sin otras pretensiones que dar una noticia esquemática sobre una figura casi desconocida, se publica sin retoques ni anotaciones.

pero desconocida; y servir de incitación a estudios más profundos y completos.

Bauzá, fué como tantos otros hombres ilustres en este país, una figura múltiple. Y lo que es de lamentar en la generalidad, en Bauzá es motivo de congratulación. Porque, si muchos se agotan en la diversidad de escenarios, no logrando destacarse en ninguno a la altura de su valor y de sus méritos por causa de la dispersión de tiempo y energías; Bauzá tuvo la fortuna y el privilegio de sobresalir en todos los campos en que actuó: como político, como orador, como parlamentario, como historiador, como financista, como escritor, como católico, como hombre de acción, como diplomático.

Da la impresión que sus grandes condiciones — inteligencia, capacidad de trabajo, rapidez, brillo, rectitud, ilustración, cultura — le concedieron un inagotable capital de energías y posibilidades que, con despreocupación de millonario, dilapidó en todas direcciones, sobresaliendo y brillando en todas.

Como Estrada, Bauzá no tuvo título universitario y al revés de Estrada no tuvo nunca ni siquiera vinculación con la Universidad oficial. Pero como él, fué mucho más que **doctor**: fué un hombre **docto** que, poseedor de una cultura prodigiosamente vasta y sólida, asombró y deslumbró a sus contemporáneos con el acervo de sus conocimientos y de su enorme talento. También como Estrada, perteneció a una familia ilustre — ya su abuelo fué cabildante de Montevideo; su padre, general de la independencia de América, porque peleó con Artigas y luego con San Martín en el Perú; sus hermanos, fueron políticos y legisladores — pero él logró el mayorazgo de la familia, de tal suerte que basta nombrar a Bauzá, para que todos pensemos en Francisco Bauzá. Pero dejemos este paralelo — tan sugestivo y atrayente — con Estrada, la gran figura contemporánea de Bauzá, que luchó al mismo tiempo, en la otra orilla, por los mismos ideales, en ambientes semejantes y con medios similares.

Vayamos al análisis particularizado de algunas de sus facetas más destacadas, sin olvidar que la figura auténtica es única y que esta discriminación — hecha, sobre todo, con fines didácticos — es esencialmente artificial, por que la realidad nos muestra confundidos todos los rasgos, en un conjunto bellamente armonioso que cuesta y duele deshacer.

I — EL POLITICO

Vamos a comenzar por este aspecto de su personalidad, porque habiendo actuado desde su adolescencia hasta su muerte en la primera línea de la figuración política, ello nos servirá para encuadrar cronológicamente, su vida y su actuación.

Será, pues, ésta la oportunidad para las indispensables referencias biográficas.

Nacido en 1851; luego de una cuidada instrucción primaria, se alistó a los 16 años como cadete en la división oriental que fué a la Guerra de la Triple Alianza en el Paraguay. Pero debió volver casi de inmediato, en virtud de una enfermedad que contrajo en el viaje.

Vuelto a la patria y dedicado al periodismo, como lo veremos des-

pués, fué nombrado a los 18 años, por el Presidente General Lorenzo Batlle, agente confidencial para trasladarse en medio de los mayores riesgos a Entre Ríos, con el objeto de entrevistar al Gral. Rivas y Coroneles Borges y Calvetti y ofrecerles la dirección de las fuerzas gubernistas contra la revolución de Timoteo Aparicio.

Cinco años después — en 1875 — era designado por la Administración Varela como Enviado Especial ante el Gobierno de Buenos Aires para resolver el problema que planteaban los emigrados revolucionarios en el país limítrofe, ajustando el Tratado Bauzá-Irigoyen que, al decir de Andrés Lamas, constituyó todo un triunfo internacional y que planteó con sagacidad admirable, los problemas todavía hoy no totalmente resueltos de las repercusiones internacionales de las guerras civiles.

Ocupa luego varias veces, la banca de diputado y de senador, para volver a la diplomacia durante las presidencias de Vidal y de Herrera y Obes; siendo dos veces Ministro Plenipotenciario ante el Gobierno brasileño, y obteniendo entonces diversas ventajas para nuestro país, como un Empréstito de 3 millones al 97 % — el más ventajoso que haya realizado el Uruguay — la derogación de la ley brasileña sobre Derechos Diferenciales, la iniciación de la cuestión sobre los límites en las aguas de la Laguna Merim, etc. De nuevo en la patria, le es ofrecida la cartera de Gobierno por el mismo Herrera y Obes, en febrero de 1892, puesto que ocupa con singular brillo reorganizando el servicio postal y telegráfico, proyectando una fundamental reorganización policial, devolviendo a las Juntas Económico-Administrativas la ingerencia en la inversión de los impuestos de alumbrado, limpieza pública y cementerios, presentando proyectos de creación de cárceles correccionales para mujeres y menores, reedificación y ensanche de los edificios carcelarios, etc. Es de gran interés en este sentido la Memoria de su ministerio, no sólo por la relación de toda su proficua labor, sino también por la serie de conceptos fundamentales sobre la función ministerial que contiene.

En esa época, junto con Justino Jiménez de Aréchaga, Juan Carlos Blanco, Juan José de Herrera y Gonzalo Ramírez, articula un proyecto de reforma de la ley electoral de gran resonancia, pero que no llegó a convertirse en ley, quizá, por la oposición del mismo P. E.

Es entonces, en 1893, cuando a los 42 años había sido ya todo lo que se podía aspirar en el país, que un fuerte núcleo del Partido Colorado levanta su nombre como candidato a la Presidencia de la República. Pero, quizá, porque ese núcleo fuera predominantemente católico y ya se iban acentuando las corrientes anticlericales en el Partido Colorado, o por obra de la influencia directriz de Julio Herrera y Obes, o por desinterés del mismo candidato, el hecho es que su candidatura no llegó a figurar en la célebre elección de los 21 días, en que al final, salió electo, Don Juan Idiarte Borda.

Bauzá acabó su actuación política en el Senado, habiendo tenido intervención principalísima y descollante en la paz de setiembre de 1897, con lo que cobró su figura un relieve nacional, acatado e indiscutido.

Cuando murió, en diciembre de 1899, era Presidente del Partido Colorado y senador por Soriano. A su muerte, el P. E. propuso que se le rindieran honores de Ministro de Estado y en el mensaje firmado por el Presidente Cuestas y su Ministro Eduardo Mac Eachen, se contie-

ne este párrafo que, en vigorosa síntesis, resume todos sus grandes méritos: "Casi un tercio de siglo ocupó el Sr. Bauzá en servir a la nación; ministro plenipotenciario, ministro secretario de Estado, diputado, senador, eximio orador parlamentario, y político notable, escritor e historiador de gran mérito, unidas esas cualidades a la más acrisolada probidad, hacen del ciudadano Francisco Bauzá un ejemplo digno de imitarse para bien de los intereses de la patria".

En su entierro, hablaron el Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. Miguel Herrero y Espinosa, en nombre del P. E.; el Presidente de la Asamblea General, Sr. José Batlle y Ordóñez, en nombre del Senado; el Dr. José Espalter, en nombre de la Cámara de Diputados; el Dr. Juan Zorrilla de San Martín, en nombre de la Unión Católica, Club Católico y Circulo Católico de Obreros; el Dr. Antonio Ma. Rodríguez, en nombre del Partido Colorado; y otros oradores.

En los homenajes realizados en ambas Cámaras se constató, a pesar de su carácter militante de político combatiente, el respeto que sus virtudes habían despertado en amigos y adversarios, y se destacó su inmaculada honradez, comprobada en el hecho de la austera pobreza de sus últimos años, que lo obligó a vender su biblioteca, el tesoro más íntimo y apreciado que poseía. Se dijo, en frase resonante, que moría pobre porque había vivido honrado.

Hemos querido hacer esta rápida reseña con algún detallismo, para mostrar el relieve nacional de su figura y cómo había llegado en los últimos años a ejercer un verdadero magisterio intelectual y moral.

Pero ¿cuáles fueron sus ideas, el sentido de su actuación, su valor como político, una vez que hemos recorrido la lista de cargos y de puestos ocupados?

Este tema — que es indudablemente, el más interesante — ofrece enormes dificultades, porque para abordarlo decorosamente, tendríamos que conocer y describir el panorama político de su época, incesantemente cambiante, enmarañado y confuso.

Pero — "prima facie" — podemos adelantar estas afirmaciones que podrían tener el sentido de bases sintéticas y provisorias para su valoración: 1) Quizá, debido a su precocidad ayuna de experiencia, sirvió en su juventud a los gobiernos de la oscura época dictatorial; pero sin contaminarse con sus desmanes ni con su espíritu. 2) Al contrario, mantuvo siempre un culto sincero y sacrificado por el respeto a la Constitución y a las leyes, aun cuando ese acatamiento costara y pesara, como en el caso del destierro del Gral. Santos. 3) Tuvo, sin embargo, un claro y sagaz sentido realista para salir de las situaciones irregulares que, a menudo, se producían, por lo que fué catalogado por los principistas, en el grupo de colorados netos, o candomberos — quizá, por cierto desdén, a causa de su falta de título universitario — pero debiendo ser respetado siempre por la limpieza intachable de su conducta, los frutos indiscutibles de su talento y la magia brillante y abrumadora de su oratoria.

II — EL ORADOR

Siguiendo en el análisis de sus principales rasgos — en un orden de mayor a menor fugacidad, o, si se quiere, yendo cada vez hacia las facetas más duraderas y trascendentales — debemos analizar a Francisco Bau-

zá como orador. Fué éste, quizá, el rasgo más brillante y popular de su personalidad, siendo considerado por todos como el primer orador del país y no pudiendo ser olvidado por quienes tuvieron la felicidad de escucharlo.

Dice el Dr. Espalter, uno de sus discípulos más fieles y devotos: "Descolló en la cátedra y en la prensa, pero su ambiente natural, era el que rodea a las tribunas, ya en las asambleas políticas o populares, ya en el seno del Parlamento.

Había sido tallado orador por la madre naturaleza. Todas las musas le habían brindado sus gracias. Las líneas griegas de su figura corpórea, la voz poderosa y suave, el gesto movido por todos los impulsos de adentro y de afuera, bajo el dominio de una voluntad que les daba una ponderación rítmica, era el orador de nacimiento. Pero si no lo hubiera sido, se hubiera hecho orador. Estudiaba y meditaba siempre: así aprendió el latín para estudiar la Suma Teológica y el inglés para leer a Story, el comentarista de la Constitución de Estados Unidos, en su lenguaje propio.

No preparaba discurso por discurso, sino que estaba en todo momento listo para pronunciar el que impusieran las circunstancias. Era un instrumento musical que esperaba la mano que lo tañera".

Pero si en todas las tribunas deslumbró su elocuencia, donde más se destacó — por el número e importancia de sus discursos, así como por la resonancia propia del ambiente — fué en el Parlamento.

Allí, con la brillantez de su exposición, con la vastedad de su cultura, con la solidez de su lógica, con la armonía de su voz llena de matices, con la rapidez y eficacia en la réplica, con su agilidad y viveza para la interrupción y la controversia, Bauzá alcanzó, indiscutiblemente, el primer puesto entre todos los parlamentarios del siglo XIX, debiendo actuar en Cámaras, donde se sentó una generación excepcional como la de los Ramírez (Carlos Ma., José Pedro y Gonzalo), Martín Aguirre, Juan Carlos Blanco, Justino Jiménez de Aréchaga, Luis Melián Lafinur, Domingo Aramburú, Julio y Miguel Herrera y Obes, Juan Zorrilla de San Martín, Daniel Muñoz, Aureliano Rodríguez Larreta, Agustín de Vedia, etc.

Entre sus discursos parlamentarios más memorables, se cuentan los relativos a la ley conventos, a la ley de matrimonio civil, a la legalización de los actos de la dictadura de Latorre, a la prohibición de llegar al país el Gral. Santos, a la defensa de la libertad de prensa y de las garantías individuales frente a la prisión de dos periodistas extranjeros, a los trágicos sucesos del 20 de mayo de 1881, en diversas cuestiones financieras, etc.

Pero la eficacia y la fama de un orador, si bien en el momento son más sugestivas y brillantes, se apagan con mayor fugacidad y rapidez que la del escritor. Este, más silencioso, perdura más. Y es así que Bauzá, descollando en su época como orador, ha llegado hasta nosotros, sobre todo, a través de sus libros.

III — EL PUBLICISTA

La obra como publicista de Bauzá ha sido también excepcional, porque ha tenido la rara virtud de amalgamar en su persona el hombre de acción con el hombre de pensamiento. Y si su prestigio de intelectual le dió eficacia y ascendiente para su acción durante su vida; el carácter realizador y práctico del hombre de acción, hizo que el de pensamiento no que-

dara encerrado en su gabinete ni meramente aureolado por un prestigio pasajero y vago: lo llevó a escribir y dejarnos obras de permanencia definitiva en el proceso de nuestra cultura, haciendo perdurar la fecundidad de su talento y de su esfuerzo al través del tiempo.

Su labor, en este sentido, puede dividirse en tres planos: 1) su obra como historiador; 2) su obra como ensayista; 3) su obra como periodista. — Prescindimos de un pequeño libro de versos, titulado "Poesías", publicado en 1869, que fué una simple expansión juvenil.

Como historiador fué — sin discusión — el mejor historiador uruguayo del siglo XIX, publicando en el último decenio de dicho siglo, una Historia de la Dominación Española en el Uruguay, que fué en adelante, la base ineludible de todo estudio histórico sobre nuestro país y que se extiende desde la descripción de nuestros primitivos habitantes hasta la invasión portuguesa de 1816.

Publicó, además, "Detalles de Historia", recopilación de artículos, notas y estudios sobre temas históricos.

Como ensayista — y comprendo con esta denominación toda su labor de escritor de temas generales — tiene tres libros de indiscutible valor: en 1874 — o sea, a los 24 años — publica un libro técnico profundísimo: "Estudios teórico-prácticos sobre el Banco Nacional", en 1885, "Estudios Literarios", y en 1887, "Estudios Constitucionales".

Estos dos últimos libros, ya escritos en la plena madurez de su talento, tienen además del atractivo de sus temas oportunistas y de la originalidad y profundidad de sus tesis, un estilo, de todo punto de vista, admirable. Recordemos los sumarios de estas dos obras que hoy todavía se estudian, se aprecian y se elogian en nuestra Universidad.

Los "Estudios Literarios" contienen trabajos sobre Acuña de Figueroa, Diógenes y sus ideas; los poetas de la Revolución; la religión y la ciencia (que es un juicio crítico extenso y definitivo sobre el libro de Drapper de ese mismo título); sobre César Díaz; sobre Juan Carlos Gómez, acabando con tres cuadros de costumbres: "El Gaucho", "Un gobierno de otros tiempos" y "Las trillas". Los títulos y, sobre todo, los desarrollos de estos capítulos, nos muestran su vastísima cultura y un interés despierto y vivo por todos los temas humanos.

Los "Estudios Constitucionales" contienen los siguientes ensayos: "La Constitución Uruguaya"; "Democracia y República"; el "Syllabus y la Soberanía"; "La ciudadanía uruguaya"; "El Patronato"; "La Educación Común"; "Los Constituyentes" y "Comentadores de la Constitución". Mucho de estos temas, en los cuales hace abundante y acertado uso de sus numerosos conocimientos históricos, no han sido superados aún, por lo que mantienen fresco y lozano el mismo valor e interés que a la fecha de su publicación, constituyendo quizá el conjunto de estudios más serio y completo que exista sobre la Constitución de 1830.

Y finalmente como periodista, Bauzá escribió incansablemente, porque su saber inmenso y su afán patriótico no le permitían el silencio ante los sucesos cotidianos de su tiempo, obligándolo a mil reflexiones, comentarios y polémicas desde las tribunas de la prensa, que él ocupó siempre en un gesto militante de lucha y de combate.

Así, a los 14 años tan sólo, publicó "el Nacional", que corredeaba con Ruperto Fernández y Pedro Arnó, en defensa del régimen constitu-

cional subvertido por la prolongación indefinida del gobierno provisorio del Gral. Flores.

En 1868 reaparece en el periodismo, escribiendo en "La Soberanía Nacional", diario dirigido por el Dr. Bonifacio Martínez, que entonaba a la opinión pública en aquellos días aciagos.

Y por último, funda "Los Debates", en cuya primera plana coloca entre otras frases, de su programa, este párrafo: "Queremos la libertad, sin la licencia; la energía en los gobiernos dentro del límite de la ley; la reforma de la legislación; la seguridad pública garantida de trastornos políticos y la homogeneidad de ideas entre el pueblo y sus mandatarios".

Dicho diario — de prestigio y de combate — cedió luego el lugar, a "El Bien Público" donde, junto a Zorrilla de San Martín y a Francisco Durá, Bauzá escribió numerosos artículos de polémica en aquellos tiempos de continua y viva discusión religiosa.

En toda su labor como periodista — así como en su actuación de político — su programa es doble: respeto a la autoridad constituida por parte del pueblo y respeto de las libertades públicas por parte de las autoridades emanadas del pueblo mismo.

IV — EL CATOLICO

Es éste el rasgo que más interesa evidentemente desde esta tribuna, pudiéndose él desdoblar en dos aspectos: uno íntimo, de su piedad y virtud personales; y otro externo, de defensa y de lucha públicas por las ideas católicas.

No podemos entrar en su intimidad, por la absoluta penuria de datos de que disponemos, al respecto. Simplemente, queremos anotar que en su vida hay un episodio que opera una especie de conversión, o mejor dicho, la transformación de un católico frío, y, en cierto modo, indiferente, a un católico sincero, ardiente y devoto. Y ese episodio fué un peligro inminentísimo de perder la vida ahogado, mientras se bañaba en la playa de Capurro. En esa ocasión, fué salvado por el vecino Ambrosio Rotondo, siendo premiado el salvador con una medalla de oro, regalada por todos los compañeros de Bauzá en la Cámara de Diputados, a iniciativa de su Presidente, Don José Cándido Bustamante.

A tanto llegó su fervor de creyente, que se compenetró con los intereses de la Causa, sintiendo una honda y viva impresión de desaliento ante la persecución religiosa y la indiferencia o cobardía de los católicos frente a ella. Así, en una carta dirigida a un amigo residente en Europa, se quejaba de que, mientras las mujeres protestan y se dejan expulsar, mientras los sacerdotes se plantan en sus puertas para oponer la razón a la fuerza, "los hombres de los discursos concisos y de los artículos incendiarios, no somos gente para firmar una miserable protesta porque hay graves y trascendentales intereses que se oponen a ello!".

En cuanto a su actuación exterior, fué un católico de primera línea — quizá junto con Zorrilla de San Martín, las primeras figuras del laicado católico — que sirvió a la Iglesia en todas las formas: desde su posición política; con su talento para plantear y resolver problemas; y con su acción, decidida y sacrificada.

Como político fué siempre — especialmente después del episodio a que me referí — un católico integérrimo, defendiendo en las Cámaras las

ideas católicas, con una frecuencia, una brillantez y una eficacia, dignas de la mayor admiración y gratitud.

Con su talento, planteando y comprendiendo los problemas más hondos de la causa católica en nuestro país e indicando soluciones del más vasto alcance. Bauzá comprendió que los dos grandes apostolados que si se realizaban con inteligencia y constancia, iban a retornar o a conservar católico al pueblo uruguayo, eran el educacional y el social.

En el primer rubro, fué uno de los colaboradores más eficaces de Mons. Soler en la fundación del Instituto Pedagógico, que creó diversas escuelas primarias de carácter netamente católico — bautizadas con los nombres de las figuras más destacadas del clero nacional hasta ese entonces —; y en la Universidad Católica, de la que fué el primer rector, la cual se convirtió después en el Liceo Universitario, donde ejerció con maestría insuperable las cátedras de Historia Nacional e Instrucción Cívica.

Su preocupación por el problema escolar fué notoria, por cuanto en 1883, cuando 25.000 mujeres firmaron un escrito solicitando al Gobierno la cristianización de la escuela, las iniciadoras le rogaron a Bauzá fuera él quien lo presentara personalmente, diciéndole: "Ud. podrá exponer el porqué del petitorio con claridad, porque es religioso, no se avergüenza de serlo y seguramente comprende el sentimiento y la razón que mueven a la mujer oriental a pedir que se cristianice la escuela de sus hijos". Cumplió su cometido con tal prestanda, que el Presidente Santos le ofreció de inmediato el puesto de Inspector Nacional de Educación. Bauzá estableció ciertas condiciones. Mientras se discutían éstas, el Gral. Santos, quizá por influencia del Gran Maestro de la Masonería, Dr. Carlos de Castro, que ejercía el Ministerio de Gobierno, retiró el ofrecimiento.

En el problema social, se percató de la enorme fuerza obrera y de las irritantes injusticias sociales. Para orientar hacia el bien la primera, y para remediar las últimas, trató de crear el Círculo Católico de Obreros, del cual fué fundador y primer presidente, pronunciando en el acto de su inauguración un brillante discurso, en el cual, según el acta de esa sesión inaugural, trazó "el cuadro de las vicisitudes porque pasaba la clase obrera en el país y la necesidad urgente de organizar las tareas de la cooperación industrial asegurando al mayor número, el pan de cada día".

Y con su acción, prestó su valioso y desinteresado concurso a distintas obras de la causa que lo requirieron, además de las citadas, como el Club Católico, cuya presidencia ejerció y en cuyas polémicas con el Ateneo descolló, los Congresos Católicos en el primero de los cuales tuvo destacada participación, las reuniones con grandes católicos argentinos, como Estrada y Achával Rodríguez, tanto en Montevideo como en Buenos Aires, y mil obras más que sería largo enumerar.

Y terminamos.

Esta apretada reseña de la vida y la obra de Bauzá, sólo tiene el sentido de una incitación a un contacto y a un estudio más profundo de la figura y la obra de este hombre excepcional, que sembró en todos los campos y que en todos ellos, su semilla dió fruto y dió flor: fruto de verdad y de bien, flor de limpia elegancia y de clara belleza.

AMERICO PLA RODRIGUEZ